—Eso es.

—Pero alejémonos, que ya nada tenemos que hacer en este sitio.

—Sí, marchemos.

Lisipo y Salustio, celebrando aquel encuentro, y burlándose de la credulidad de la jóven, se alejaron.

Cuando iban á bastante distancia, un hombre se vió salir de detras del sepulcro en que habian detenido á la jóven.

Aquel hombre habia escuchado toda la conversacion sin perder una sola palabra.

Vestia un traje oscuro y burdo, pero limpio.

La edad que representaba era como de cuarenta años; su estatura era mediana, robustos sus músculos, y su fisonomía noble y simpática.

Al salir del sitio en que habia estado oculto, dirijió la vista hácia el rumbo que llevaban Salustio y Lisipo.

Sus ojos estaban fijos en ellos.

Así permaneció algunos instantes.

Luego, al verlos desaparecer entre las sombras, levantó los ojos al cielo, y brillando en su fisonomía la luz de la virtud, exclamó con acento solemne:

—¡Quieren perderla!..... Yo la salvaré!.....

CAPITULO XV.

NICEA.—CASA DE LA GRAN FUENTE DE MOSAICO.—UNA VISITA INESPERADA.
AFAN DE LAS MADRES POR CASAR A SUS HIJAS.—LO QUE HACIAN PARA QUE FUESEN ESBELTAS.
SALUSTIO AL LADO DE NICEA.—UNA LUCHA.

Salustio habia pasado por la vez primera en su vida una noche inquieta.

La bella imágen de Nicea habia estado presente á todas horas en su imaginacion.

Dominado por ella, comparaba el candor, las lágrimas de gratitud de aquel corazon vírgen; su blanda fisonomía, respirando dulzura y pureza, sus púdicas maneras y su recojimiento, con la desenvoltura, los modales libres, la mirada lúbrica y el gastado corazon de Frigia y sus amigas.

Salustio recorria la historia de su vida disoluta, y en todas sus páginas no leyó mas que escenas que le avergonzaban, conquistas sin mérito, amores mentidos, frias caricias y corazones metalizados.

Comprendia que todo ello no merecia ni la mas pequeña parte del oro que habia gastado en miserables aventuras, y que las caricias de cuantas mugeres habia querido, no valian lo que una dulce mirada de la cándida Nicea.

Pero esta consideracion, en vez de inclinar su corazon al deseo de premiar la virtud, solo sirvió para despertar en su alma el impuro deseo de alcanzar los halagos de aquella tierna jóven que no sospechaba de las siniestras miras que abrigaba.

Salustio llenó de oro un rico bolsillo, se vistió el mejor trage que tenia, y salió de su casa para marchar á la de Nicea.

¡Cuán distintos eran entre tanto los pensamientos que cruzaban por la mente de la hermosa jóven!

Llena de virtud, creia que los dioses habian dispuesto aquel encuentro en recompensa de la gratitud hácia su bienhechora.

La belleza de Salustio, sus dulces palabras, y la sinceridad que habia creido encontrar en ellas, habian impresionado su corazon profundamente.

—¡Oh, sí; los dioses me hicieron encontrar á ese hombre generoso que yo querré como se quiere á un hermano..... como se quiere á un enviado por ellos!.....

Y Nicea sintió inundado su corazon de un celestial placer.

En aquellos momentos un hombre de modesto trage llegaba á la calle de Mercurio, y se detenia en la puerta de la *Casa de la Gran Fuente de Mosaico.*

El hombre llegó al gracioso edificio, y penetró en el *atrium* ó patio de órden toscano, donde se encontraban dos cámaras para criados.

Una de ellas estaba vacia; en la otra habia un esclavo.

—¿Está en casa la jóven Nicea?—preguntó el hombre al esclavo con suma atencion.

—Sí señor.

—Tened la bondad de avisarle que hay una persona que desea hablarle.

—¿Quién sois?

—Un hermano de ella.

—¡Un hermano! Tened la bondad de seguirme, y de esperar en el *tablinum,* á que le avise.

El esclavo se fué, y el hombre penetró en el *tablinum,* que se veia adornado de graciosas pinturas representando génios jugando con perros, ciervos tirando de un carro, y Amores que combatian con animales. El pavimento era de mosaico blanco, cercado de una linda cenefa negra, que aun se conserva bastante bien. En la *exedra,* (sala de congregacion), al lado del *tablinum,* habia una pintura que se conserva aún, figurando un paso dramático en que se ve dos actores que declaman delante del director de la escena. [*choragus.*]

—Que os digneis pasar dice Nicea.—Llegó anunciando el esclavo á poco.

El hombre, guiado por el mismo esclavo, pasó por una galería situada detras del *tablinum* que se abre sobre un pórtico, cuya pared estaba dividida en tableros decorados con pinturas representando bosques y animales.

En el fondo del pórtico se descubria y se ostenta todavía una fuente de mármol, que es la que ha dado el nombre á la casa. Esta fuente, que fué desenterrada, lo mismo que todo el edificio, en 1826, tiene la forma de un gran nicho, coronado de un frontis, adornado de mosaicos esmaltados de diversos colores, entre los cuales domina el azul. Las grandes divisiones y las orlas estaban, como están actualmente, formadas de conchas que ni el tiempo ni las erupciones han podido destruir ni calcinar. En los piés derechos se ven, lo mismo que entonces, dos mascarones huecos de mármol blanco, detras de los cuales se colocaban lámparas, cuya luz, pasando al traves de los ojos y de la boca, daba un efecto raro. Uno de estos mascarones tenia, como hoy tiene, la barba y el cabello pintados de rojo. En el fondo del nicho, debajo de una cabeza en mosaico, se descubria una abertura rectangular en bronce, de donde el agua corria por seis graditas á una gran taza, tambien de mármol, en medio de la cual se descubre una columnita hueca de donde brotaba un surtidor de agua.

—Sé que teneis la bondad de proporcionar á Nicea esta casa mientras viene alguno á habitarla—dijo al esclavo el hombre que se habia hecho anunciar como hermano de la jóven.

—Sí señor.

—Ese es un rasgo de caridad que no quedará sin premio.

Lit de Iriarte.

LA GRAN FUENTE DE MOSAICO

En la casa del mismo nombre. (Despues de las escavaciones)

—Fuí esclavo de su bienhechora cuando esta vivió, y habiendo pasado á poder de otro amo, á quien esta casa pertenece, la he facilitado habitacion.

Al terminar estas palabras, el esclavo abrió una puerta, y diciendo al hombre que entrara, se alejó él para volver al *atrium*.

Nuestro personaje penetró en una pieza pequeña, pero aseada, cuyas paredes representaban paisajes y pájaros.

Nicea, que al anunciarle que le buscaba un hermano, se imaginó que fuese Salustio, se sorprendió al ver un hombre que no conocia.

—¿Quién sois, que os habeis valido de un título de parentesco supuesto para entrar aquí?

—No soy enviado por los dioses para perderos, sino el favorecido de Dios para salvaros.

—¿Qué quereis decir?

—Anoche fuísteis á llorar junto á la tumba de vuestra bienhechora. Despues de haber depositado sobre su sepulcro una ofrenda, muestra de vuestros nobles sentimientos, os encontrásteis con dos hombres, uno de los cuales os ofreció hacer vuestra felicidad, diciéndose enviado por los dioses; le ofrecísteis vuestra casa, y le esperais.

—¿Cómo sabeis todo eso? ¿Os lo ha contado él? ¿Venís de su parte?

—Lo sé, porque la Providencia lo ha permitido; no he hablado con él, y vengo de parte de un santo deber.

—Tened la bondad de tomar asiento, y explicaos.

—Mi explicacion es muy sencilla. Oí, sin querer, vuestra conversacion, pues me hallaba detras de la tumba en que os encontrásteis con ellos: habia salido de la casa de Diómedes de ver á un esclavo cristiano que estaba enfermo, y me detuve á descansar allí, desde donde todo lo escuché: vengo, pues, á salvaros, á deciros que no creais en las palabras de vuestro finjido bienhechor; que nada recibais de él; que quiere abusar de vuestro candor..... que quiere perderos.....

—¿Será cierto?..... Pero ¿quién sois vos?

—Yo soy un indigno ministro del Salvador; un sacerdote de la nueva y salvadora ley; mi nombre es Olinto, y mis palabras la verdad. Anoche hablé con los fieles respecto de vuestra situacion, y os traigo lo que entre todos me dieron para vos: aquí teneis una cantidad de monedas con que podeis atender á los gastos de algunos dias: no es una limosna; es un socorro que Dios os envia y que os seguirá enviando mientras fuese necesario. Nada tengo que agregar. Para entrar aquí dije que era vuestro hermano, y no he mentido. En nuestra religion, todos los hombres son hermanos. No tenemos mas que un Dios, que es nuestro padre celestial, y una familia, que es la humanidad entera.

—Tambien él me habló en nombre de los dioses al compadecerse de mis desgracias.

—Sí; pero á esos dioses los considera él como protectores de sus vicios, puesto que ellos no fueron otra cosa que el ejemplo de todas las liviandades. Creedme, Nicea, ese hombre no pretende otra cosa que infamaros.

—¡Oh!..... me asustais!.....

—Sí; os asustais porque ignorábais las asechanzas que la corrupcion tiende á la virtud; pero me lisonjeo de que mi aviso, que así os asusta, os será altamente provechoso. Ese hombre, cuya finjida compasion os cautivó, no abriga otra ambicion que la de agregar vuestro nombre á la numerosa lista de los que ha manchado ya, y para conseguirlo pondrá en juego todos los recursos de su malévola elocuencia; os hará promesas las mas lisonjeras y seductoras, y hasta os prometerá haceros su esposa, si es preciso.